

Violencia en el fútbol: una herida que nos interpela como sociedad



Paula Ortiz

**Directora Académica del Instituto del Deporte
y Bienestar U. Andrés Bello**

Los recientes hechos de violencia protagonizados por hinchas de Independiente y la Universidad de Chile no son un episodio aislado, sino un síntoma de un problema más profundo que trasciende a los clubes y a los protagonistas directos. Cada vez que la pasión deportiva se transforma en agresión, se erosiona el sentido mismo del deporte: encuentro, identidad y celebración colectiva.

El fútbol, que debería unir, se convierte en terreno campal de disputas donde la rivalidad se desborda en conductas antisociales. Hay responsabilidad directa de los violentos, pero también de las decisiones de dirigentes, autoridades y medios que, consciente o inconscientemente, refuerzan discursos de confrontación en lugar de cooperación. El ejemplo histórico de los hooligans ingleses muestra cómo una cultura de violencia, tolerada durante décadas, terminó por manchar la esencia del juego y obligó a replantear políticas de seguridad, educación y gestión.

El desafío que enfrentamos hoy no es menor: comprender que la pasión no puede ser excusa para la agresión. El deporte, en todas sus expresiones, exige respeto, límites claros y responsabilidad compartida. Transformar esta crisis en oportunidad significa promover una cultura que asocie el aliento con valores, y no con miedo o destrucción. Ya no debe ser una mirada local, sino trabajada regionalmente.

Construir estadios seguros y comunidades deportivas sanas no es tarea exclusiva de los clubes ni de la fuerza policial; es una labor de toda la sociedad. La pasión por el fútbol debe ser un motor de identidad y convivencia, nunca un pasaporte hacia la violencia.